

LOS COLEGIOS MAYORES DE ESPAÑA (1)

Por ANGEL DE LAPUERTA S. J.
Profesor de la Universidad Católica del Perú

Una de las instituciones educadoras mejor pensadas, de más envergadura y que más influyeron en toda la vida política de Castilla y más tarde de toda España, fueron los Colegios Mayores, instituciones típicamente españolas, aunque es verdad tenían muchos puntos de contacto con los grandes colegios universitarios de París, Bolonia y otros centros europeos. Su creación se debió siempre a hombres de gran talento, como los Cardenales Carrillo de Albornoz, Cisneros, Fonseca, y a gobernantes y mecenas de las letras hispanas. Datan de muy antiguo: el primero, fundación del Cardenal Carrillo de Albornoz, es del siglo XIV. Se levantó en Bolonia y sirvió de modelo para los demás que se erigieron en España en los siglos XV y XVI.

Un Colegio Mayor, para definirlo en pocas palabras, era un centro no sólo de estudios superiores, sino, lo que vale inmensamente más, de cultura superior, tanto intelectual como moral. De los seis Colegios Mayores de Salamanca, Alcalá Valladolid, salieron en gran parte los hombres que honraron a su patria en los cargos de mayor trascendencia durante los siglos de oro de la grandeza española. Fueron estos Colegios semilleros de hombres sobresalientes y en particular de gobernantes.

(1).—*Bibliografía:*

Cuadrado. — Salamanca.

P. Enrique Herrera Oria. — Los Colegios Mayores en España.

P. Enrique Herrera Oria. — Revista *Atenas*, sobre el mismo tema.

Enciclopedia ESPASA. — Tomo 53. — En el artículo Salamanca, hallará el lector interesantes datos brevemente reunidos.

Preguntando un día Isabel la Católica al Cardenal Hernando de Talavera qué haría para gobernar bien el país, le contestó Talavera: "Escoger hombres aptos e bien formados". —Y ¿dónde hallarlos? replicó la Reina. "Los hallará Su Alteza en el Colegio de San Bartolomé de Salamanca". Giner de los Ríos, a quien se le indigestaba la tradición española, por estar saturada de catolicismo, reconocía que este Colegio de San Bartolomé fué el de más brillante historia pedagógica de toda Europa. Dió en efecto, seis ilustres Cardenales, ochenta y cuatro arzobispos, nueve virreyes, dieciocho sagaces embajadores, doce capitanes generales y un sinnúmero de consejeros de reyes, y sabios de todas disciplinas.

Fué Salamanca la ciudad de los grandes Colegios Mayores. De los seis que hubo en España, ella sola contó con cuatro, a saber: el de San Bartolomé, el de Cuenca, el de Oviedo y el del Arzobispo. El Cardenal Mendoza fundó en Valladolid el de Santa Cruz; y al genio de Cisneros se debe, junto con la Universidad de Alcalá de Henares, el Colegio Mayor de San Ildefonso.

Cisneros estudió por sí mismo los estatutos de los principales Colegios existentes entonces en España y en el extranjero, y de ellos sacó esos estatutos típicos de la Universidad de Alcalá, que se presentó sin juventud en la palestra de las letras, porque nació adulta y con tales bríos que Salamanca, con llevar siglos de fama, temió ser eclipsada por su rival de un día.

América se benefició de la influencia de los Colegios Mayores. Así por ejemplo, el Colegio Mayor de Santa María de Méjico competía con los grandes centros de Europa cien años antes de que Inglaterra organizara nada serio en lo que ahora son los Estados Unidos.

Calcados sobre los Colegios Mayores, se levantaron otros muchos que, si bien no gozaron de los mismos privilegios, ni alcanzaron igual nombradía, se esforzaron por imitarlos. Salamanca llegó a contar con 25 grandes Colegios universitarios. Baste citar el antiquísimo de San Esteban fundado hacia 1222. Profesores o alumnos de San Esteban fueron Barrientos, Fray Diego de Deza, protector de Cristóbal Colón; Vitoria, creador del derecho internacional; Melchor Cano, Báñez, Sotomayor, Herrera, etc..

En estos Colegios el arte corría parejas con el esplendor de los estudios. Un siglo, de 1524 a 1610, emplearon Juan de Rivero

y otros maestros en terminar la monumental iglesia de San Esteban, cuya imponente portada plateresca parece un retablo vivo de lo que significaban los estudios en Salamanca. En el Colegio del Arzobispo, llamado más tarde de los Irlandeses, trabajaron Berruguete, Covarrubias, Ibarra, Diego de Siloé y Hernán Pérez de Oliva. Según muchos críticos, este Colegio es la obra más delicada de cuantas ejecutaron los grandes arquitectos del Renacimiento español. Su mejor joya es el claustro, atribuido a Berruguete, que supo encerrar dentro del doble orden de sus elegantes columnas, los encantos del estilo clásico, plateresco y aún gótico, admirablemente armonizados. Un apacible sentimiento de soledad se enseñoera por completo del ánimo del visitante, a quien parece convidar al estudio y meditación esas piedras tocadas con el soplo de la más pura y libre inspiración.

La vida en esos recintos de selección era tan democrática que los alumnos, internos todos, elegían a su propio Rector. La severidad de los estatutos y el espíritu de tradición hermanaban la autoridad con la justa libertad. La admisión no se ganaba ni con dinero, ni con ilustre apellido, sino sólo por oposición y riguroso examen de las cualidades intelectuales y morales del aspirante. Los nobles de Castilla y los hijos del pueblo optaban con iguales títulos de ingreso; y una vez admitidos, todos vestían la misma beca, escuchaban los mismos maestros, entre los más afamados no sólo de España, sino de Europa. El Colegio Mayor, selección de profesores y alumnos, formaba la más noble democracia; lo que pudiéramos llamar la aristocracia de la democracia; y el perfume de esa democracia cristiana se extendía por toda España y aún por todos sus dominios; y no era raro, según rezan las historias de esos días, ver a hidalgos y gañanes al pasar por esos relicarios de arte, de ciencia y de virtud descubrirse por respeto, sin duda, al alma de España que bullía en aquellos claustros.

Desgraciadamente España en el siglo XVIII no supo conservar el tesoro de sus Colegios Mayores. Carlos III, el año 1771, obediendo ciegamente las normas de sus ministros volterianos, (no le sobraba talento para ver por sí mismo) dió el decreto de reforma de los Colegios Mayores. No fué reforma, fué destrucción. Se mató el espíritu de selección y justa independencia que les dió auto-

nomía gloriosa. Siempre fué columbina simplicidad creer que la *unificación* es sinónimo de progreso.

Pasaron 20 años apenas de ese malvado decreto, digno del talento del rey y de la perfidia de sus ministros, y los efectos fueron desastrosos. Carlos IV halló a España sin hombres capaces de sostener el peso de su enorme imperio. Abrió lo que hoy llamaríamos una encuesta, entre sus consejeros, para estudiar la causa de esa penuria de hombres. Los consejeros anduvieron acertados: atribuyeron la pobreza espiritual de España a la desdichada reforma de los Colegios Mayores. El fallo de la comisión nombrada por Real Orden de 31 de Octubre de 1793, presidida por el Conde de San Cristóbal fué la más solemne apología de los antiguos Colegios y la más severa condenación del llamado decreto de reforma del año 1771.

A pesar de esa tentativa, los Colegios Mayores fueron languideciendo cada vez más, hasta que una reglamentación centralista y uniforme de tipo genuinamente napoleónico borró todo resto de tradición y vida propia, y no teniendo ya los Colegios ni tradición ni aliento propio, tampoco dieron frutos propios. Con los Colegios Mayores, decayó también la cultura en España y en América, y con la cultura su vida política.

Inglaterra en cambio fué más prudente. Lo fué en el siglo XVIII, y lo ha sido en gran parte hasta ahora, a pesar de todos los vientos unificadores que soplan del Continente. El autor de estas líneas, que ha vivido buena parte de su juventud en Inglaterra, hace abstracción completa de las circunstancias de la guerra, pero cree sinceramente que hace años atraviesa también la Gran Bretaña una honda crisis educacional. El turista que visita los vetustos Colegios de Oxford, admira sus paraninfos y aulas tapizados materialmente con retratos de ilustres antiguos alumnos; y el estudiante, al sentarse donde estuvo un Pitt, un Wellington, o un Gladstone, se siente sacudido por la corriente de la grandeza británica.

Dichosos los pueblos con tradición; dichosos los pueblos con instituciones de vida propia, que para ser grandes, comprenden que la primera condición es no igualar, con un mismo rasero, a hombres e instituciones; porque esto no es elevar a los pequeños, sino achantar a los grandes. Parece una paradoja, pero es lo cierto, que la única garantía de una durable y elevada democracia, es gozar un

país de una selecta aristocracia de espíritus, porque al elevar el nivel medio, impide su postración y su servilismo consiguiente. Para asegurar esta aristocracia espiritual crearon nuestros mayores con profunda visión social, centros de exquisita selección.

Con esto creo haber interpretado el íntimo pensamiento que presidió a su fundación: fueron los Colegios Mayores lo más selecto para la juventud mejor seleccionada.

A. de LAPUERTA, S. J.